

Intermnemosis

INTERMNEMOSIS

Copyright © 2023 por Celia Corral-Vázquez

Primera edición, mayo 2023

© Arte de la cubierta de Alicia de Andrés

© Diseño de la cubierta de Laura Soriano Maquilón

Corrección y maquetación de Pilar Caballero

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN: 978-84-126617-2-9

Depósito Legal: SE 911-2023

Impreso en Safekat (Madrid) / Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com).

Celia Corral-Vázquez

INTERMNEMOSIS

Corrección de
Pilar Caballero



Prólogo al V Premio Ripley

«Una mujer necesita dinero y un cuarto propio para escribir»
Virginia Woolf.

Toda existencia que no se reconoce, aunque ocupe un mínimo espacio, permanece invisible y olvidada. Sus efectos puede que alcancen a alguien o a algo que pasaba por ahí, pero suele deberse a la más pura casualidad. Desde hace siglos, las escritoras han necesitado hacer malabares para verse publicadas (seudónimos, apadrinamientos de maridos y otras figuras masculinas, entre otras artimañas), en especial en ciertos géneros, como el fantástico, reino masculino desde sus albores. Si sumamos a esto la dificultad de ver sus escritos en la primera línea de una librería e incluso de que los lectores las escojan, se comprende que sea tan complicado para muchos apuntar referentes del terror o la ciencia ficción que no sean el trío de siempre (Lovecraft, Poe o King) o que como mucho se acuerden de nuestra querida Mary Shelley o Úrsula K. Le Guin. Y de quién provienen las historias también importa.

Me parece interesante recordar cómo fue recibido el *Frankenstein* de Mary Shelly por *The British Critic* en 1818: «... si nuestra autora puede olvidarse de la dulzura de su sexo, no hay razón por la que nosotros debiéramos; y por tanto rechazamos la novela sin más

comentarios». No es de extrañar que durante tanto tiempo la perspectiva literaria femenina se nos haya antojado ajena en temas tan importantes como el papel de la tecnología en nuestra sociedad; la exploración de otros planetas; el contacto con otras especies; los miedos universales; lo terrorífico de la cotidianidad; la maternidad; la violencia; la locura, entre otros. La literatura, como toda obra de ficción y de arte, crea estereotipos y perfila la realidad, nos dice cómo son las cosas. Así, la realidad alimenta la ficción y esta a su vez le devuelve el favor. Por eso, quién cuenta las historias y cómo se cuentan son matices valiosos.

Siendo consciente de esto y con ganas de enfrentar el reto, Diana P. Morales construyó un espacio para que las escritoras de estos géneros tuvieran *un cuarto propio*: el Premio Ripley. El nombre con el que lo bautizó no es baladí. Ellen Ripley, personaje protagonista de la película *Alien, el octavo pasajero*, ha pasado a la historia como un referente del desafío a los roles de género tradicionales en cuanto a la ciencia ficción se refiere (y por extensión a lo fantástico en general). Tanto así, que le supuso una nominación al Óscar a Sigourney Weaver. De nuevo, un precedente que escarba en la tierra y va haciendo sitio para las demás. Con el objetivo de animar a las escritoras a saltar ese obstáculo sin nombre que les impedía probar con la ciencia ficción o el terror, se construyeron los cimientos de un premio necesario y que nos llenó de entusiasmo y motivación. También porque puso sobre la mesa los referentes que toda persona necesita para mirarse al espejo y encontrar esa energía interna que nos dice que, si otras lo hicieron, nosotras también podemos.

El Premio Ripley comenzó sus andanzas con el formato de relato corto en un momento en el que pocos eran los nombres de escritoras hispanohablantes que sonaban alto y claro en estos géneros o que se atrevían a adentrarse en ellos sin detenerse en la idea de permanecer en la invisibilidad. Además, flotaba en el ambiente, como suele ser costumbre cuando una mujer se adentra en un lugar poco explorado, la obligatoriedad de realizar un trabajo excepcional sin espacio para lo mediocre. La presión de la excelencia es un

elemento disuasorio bastante eficaz en ocasiones. Pero, para que el propósito de generar ese espacio propio se concretara, hacía falta algo más que la materia prima y una mentora que diera el empujón. Triskel Ediciones se sumó al proyecto, aportando esa tercera pata necesaria para que las antologías llegaran hasta librerías y lectores, y así todos nos beneficiamos al descubrir a Míriam Iriarte (primer premio), Mar Vieites (segundo premio), Chus Álvarez, Gisela Baños, Arantxa Comes, Viviana Rodil, Coral Carracedo, Patricia Janikowski, Irantzu Tato, Alicia Sánchez Martínez, Laura Replinger, Raquel G. Álvarez-Calderón, Beatriz Esteban (primer premio), Ana Roux (segundo premio), Lorena Arce, Almijara Barbero, Arantxa Rochet, Yaiza Carrasco, Asun Blanco Cobelo, Marina Tena, Patricia Macías, Eva García Guerrero, Olga Tenorio, Amparo Montejano, Marina González, Laura Martín Morales, Aitziber Saldias, Deborah Heredia, Elena Suau de Castro, Rosario Cosano Vázquez, Begoña Robledo, Matt. D. McGregor, Ana Castany Díaz, Núria Solanellas Juncosa, Virginia Buedo Rodero, Laura Tejada.

El Ripley se convirtió entonces en un virus que contagió a numerosas escritoras para atreverse con estos géneros. Así, pronto proliferaron otros premios similares, compañeros de causa y camino, que abrieron otras puertas a quienes querían simplemente probar la fruta prohibida o para quienes ya nos dedicábamos al terror y/o la ciencia ficción. Cumplido el primer objetivo, el espacio se había quedado pequeño. La semilla había germinado con tanto éxito que pedía más sitio para crecer. Había llegado el momento de reconvertir la iniciativa en algo que diera un empujón definitivo a las que se habían animado con el relato para continuar y dar el siguiente paso: escribir una novela. Tras el triste e inesperado cierre de la editorial Triskel, todas temíamos que este castillo que nos habían regalado para crear historias permaneciera oscuro y abandonado para siempre, pero en esta historia también hubo un punto de giro. Con la valiente adición de Crononauta al proyecto, se volvieron a abrir las puertas del Ripley, ahora también para personas no binarias, y así continuar la travesía.

Lo que voy a decir a continuación resulta irónico viniendo de alguien que se dedica a la escritura, pero no hay suficientes palabras para expresar lo que significó para mí ser la ganadora del IV Premio Ripley, el primero de novela, por varias razones. Aun así, lo voy a intentar. A veces parece que los acontecimientos se suceden de repente, pero detrás de *Quién cuidará de ti*, el manuscrito con el que participé, había diez años de trabajo. Diez años de dedicación a un género que amo, que me permite hablar con libertad de cualquier tema y con el que disfruto tanto de la crueldad y la dureza de lo realista como de la magia de lo sobrenatural y lo fantástico. Diez años de miradas de desaprobación y rechazos por apartarme de «la dulzura de mi sexo» y por no escribir «cosas bonitas», como me llegaron a decir algún compañero de profesión, editores y familiares. Diez años de un arduo trabajo para definir mi estilo, para formarme en este campo profesional tan exigente en general y en particular para las mujeres que tenemos casi prohibido ser mediocres. Y diez años porque eso es lo que tardé en ser capaz de estructurar y atreverme a contar una historia tan compleja y personal como la de *Quién cuidará de ti*.

Fue la pandemia del virus Covid-19, uno de los momentos más aterradores e insólitos de estos últimos años, y esa pausa que todos tuvimos que hacer en nuestras vidas durante tres meses lo que me regaló un poco de tiempo y espacio para contar esta historia. El empujón final fue del Premio Ripley, sin duda. Sinceramente, no sé si de otra manera se habría producido esa conjunción de astros. Por animarme a mí y a tantas compañeras a confiar en nuestra capacidad de navegar por el terror y la ciencia ficción, estaré siempre agradecida. Recibir este premio ha sido, sin duda, un punto de inflexión en mi trayectoria literaria.

Como estoy segura de que lo será para Celia Corral-Vázquez en esta aventura que está a punto de comenzar de cara a los lectores, pero que, sin duda, le ha conllevado un arduo trabajo anterior. Es hora de pasar el testigo y liberar el espacio que ahora ocupará *Intermnemosis*, una historia que pone en valor la importancia de

lo vivido, de un pasado que no sentencia pero sí explica los agujeros del presente y nos da herramientas para decisiones futuras. Estamos invitados a acompañar a este grupo de personajes diversos que nos presenta Celia y a ponernos en la piel del otro, humano o no, y navegar por recovecos inexplorados.

Ahora les toca a los lectores ocupar su sitio. Colóquense los cinturones, que la nave está a punto de despegar, y disfruten del viaje.

Verónica Cervilla

*A mi hermana
y a esa lengua que solo nosotras hablamos.*

«Ante los avances en neurobiología que hemos tenido la suerte de presenciar en los últimos años, se ha desatado la urgencia de encontrar nuevos términos que definan los procesos originados por el camino. La investigación llena nuestro presente de nuevas realidades a paso vertiginoso, y ponerles nombre ayuda a asimilarlas como ciertas y como nuestras.

En esta vorágine de génesis lingüística, se ha denominado “intermnemosis” al proceso de transferencia de engramas entre dos organismos, llegando a reproducir en el organismo receptor ciertas sinapsis de la memoria a largo plazo del organismo emisor (Eiras et al, 2078). En otras palabras, “intermnemosis” es el nombre otorgado por la comunidad científica a la transmisión molecular de recuerdos».

Vidal-Wu, Libel y Ray, Steven J. (2079). *Neolenguas científicas: la salvación o la condena de seguir comunicándonos* (1ª ed.). Nuevaera Ediciones.



Prefacio

Mi madre siempre decía que no se puede luchar por todas las causas y que escoger nuestras batallas será la decisión más difícil que tendremos que tomar. Mi hija también decía lo mismo. Aprendía rápido.

A veces siento que, a mis cuarenta y seis, todavía no he tomado esa decisión. Mis batallas siempre han sido muy pequeñas, moleculares, tanto que solo puedo verlas cuando se precipitan y amontonan en el fondo de un tubo o a través de la línea creciente de los gráficos que me gritan a tiempo real: «no nos ves, pero estamos aquí».

En ese sentido, la historia de las siderales ha sido para mí como la de esos sedimentos micrométricos. Yo tenía veinte años cuando las descubrieron; desde entonces, han estado ahí, en boca de todas, en los periódicos y en las cumbres climáticas, invadiendo poco a poco las revistas de biología celular y anatomía exterior. Siempre me parecieron un foco de titulares sensacionalistas: una especie al borde del colapso que vive en condiciones similares a las de la Tierra, una prometedora atmósfera compatible, un planeta moribundo con un destino ligado al nuestro, un espejo mágico en el que mirarnos y ver nuestro futuro próximo. Entiendo el interés y el morbo, la verdad. El miedo al abismo no es fácil de gestionar, y agarrarse al clavo ardiendo de la primera especie inteligente

descubierta en el exterior es la opción más inmediata. Pero esa no es mi batalla.

Sin embargo, aquí estoy, con el oído puesto en las noticias.

Mientras guardo las puntas de micropipeta, escucho la voz distorsionada de la presentadora saliendo de mi móvil abandonado en el estante de los reactivos. Es la misma noticia de la que llevan hablando en bucle toda la semana. Han desaparecido todas. De pronto, el planeta Ypsilon está prácticamente vacío. Al principio se hablaba de una extinción repentina. Ahora surgen términos como «abducción» que me hacen poner los ojos en blanco. Derramo un chorro de etanol puro en un manojito de papel doblado y limpio bien el interior de la cabina de flujo. No sé por qué me molesto en seguir escuchando esta mierda. La verdad es que me sorprende que un tema tan delicado haya llegado a la opinión pública. ¿Las de Exploración Espacial contándonos la verdad al populacho? A ver si esta vez va a ser cierto que se acerca el apocalipsis.

El olor del etanol se me sube de pronto; sacó la cabeza de la campana e intento no marearme mientras me sacude una tos. Cómo odio la voz de esa presentadora. Me seco la saliva con la manga y cierro la aplicación del móvil para recuperar el silencio. O algo parecido. Si algo he aprendido aquí es que en las estaciones espaciales nunca hay silencio del todo; todas las salas y corredores emiten un murmullo residual, una voz que me recuerda cada instante que, aunque esté metida en una caja de zapatos metálica, me encuentro suspendida en medio de la nada. También he aprendido que soy más propicia a marearme con el etanol desde que puse un pie en una nave por primera vez.

Termino de guardar las cajas en el armario, cuelgo la bata en el perchero y apago la luz del laboratorio.

Mi madre siempre decía que, si corres a enfrentarte a un problema, huyes sin remedio de otro. Lo decía antes de marcharse, creo. Mi hija nunca entendió qué quería decir.

No me apetece volver al despacho. Debería terminar la estadística y montar un par de figuras, pero para eso tendría que abrir el

email. No quiero ver esos correos. Necesito descansar un rato. No quiero saber nada de juzgados, ni de periodistas que quieren conocer mi historia, ni de las siderales muertas. Por favor, por favor, aunque sea un rato, solo quiero pensar en cómo el cigarro de mis labios se va consumiendo y haciéndose más y más pequeño. Sé que supliqué que me dieran acceso a los laboratorios de la base, sé que tengo mucha suerte de que me dejen seguir trabajando mientras estoy aquí, pero ahora mismo solo quiero hacerme diminuta.

Voy hacia el hall de fumadoras. El runrún del pasillo me susurra que me he dejado el tabaco en la bata, pero no vuelvo a por él. Alguien habrá allí que me preste un poco, si consigo que dejen de esquivarme la mirada un segundo. Por un momento, echo en falta cruzarme con las de mantenimiento por el pasillo para saludarlas y no obtener respuesta. Siempre me hace gracia cómo el señor de las patillas despeinadas que arregla los conductos de ventilación gira la cabeza hacia la pared al verme, aunque no haya nada que mirar.

En realidad, ¿no está todo muy desierto?

Me paro a escuchar. El pasillo me repite «No hay nadie» en un ronroneo cíclico, una especie de vibración motorizada que va y viene. «No hay nadie. No hay nadie. Siempre hay alguien. Algo pasa».

Quizás por eso me escondo en uno de los almacenes cuando oigo pasos que se acercan.

No enciendo la luz y me agacho junto a la pared, al lado de la puerta corredera que dejo sin cerrar del todo. Por la rendija veo pasar a un par de personas que se dirigen hacia el laboratorio. No me suena haberlas visto antes por la estación. Me ha parecido ver un brillo plateado en la mano de una de ellas. Me ha parecido que era un arma.

«Algo pasa. Algo pasa. Vienen a por ti. Vienen a por ti».

Huele de nuevo a etanol, o eso creo. En cuclillas, todo me da vueltas.

Aplasto las manos contra el suelo e intento despejarme. Tengo que buscar ayuda antes de que vuelvan. Me pongo en pie apoyada

en la pared. Meto la mano en el hueco estrecho de la puerta y la empujo muy despacio.

Chirría. Mierda.

Termino de abrir y salgo corriendo pasillo adelante. La estancia se llena de luces parpadeantes y todo se tambalea. No veo nada. Noto los codos y las rodillas golpeando el suelo y sé que me dolerá.

Lo primero que veo cuando consigo despejar la vista es la boca redonda del cañón a un palmo de mi cara.

—¿Antía? —me pregunta la mujer que empuña la pistola. Tiene la voz grave y áspera.

—Sí —respondo con la garganta seca y la frente empapada.

—¿Eres la doctora Antía Eiras? —insiste la otra mujer, de pelo rizado, justo a su lado. También lleva un arma, aunque no me apunta con ella—. ¿La neurobióloga?

—Sí, sí, soy yo.

—Bien. Vas a venir con nosotras.

—¿A dónde?

—De momento no puedo decírtelo.

—¿Por qué?

—Porque entonces te negarás.

Miro el cañón de la pistola plantado ante mi nariz. Me recuerda a la base espacial. Pequeña, ridícula, flotando sin sentido en la inmensidad, capaz de estallar en cualquier instante, igual que mi cara ahora mismo.

Mi madre siempre decía que cada decisión que tomamos vuelve tarde o temprano a darnos una bofetada, por lo que siempre hay que estar dispuesta a abrir la boca y pedir perdón cuando llegue el momento.

A mí, cuando abro la boca, solo me sale una carcajada.



Darsha (1)

—Lo he estado pensando de nuevo. Creo que debería ser yo.

Al escuchar las palabras de Brau, la boca ya preparada para el mordisco se le cerró con fuerza. Dejó caer la mano muerta sobre el regazo, con los restos de la barrita aún entre los dedos, y notó que la mandíbula se le resentía cuando chocaron los dientes. Era una buena representación de las discusiones que habían tenido aquellos últimos días respecto al Plan Nexo: ella trataba de empujarlo hacia arriba con todas sus energías, mientras Brau no hacía más que tirar con todo su peso hacia abajo.

—No —dijo Darsha, tajante, deseando que aquello fuera suficiente para callarla.

—No paro de darle vueltas.

—Brau, déjalo. Ya está hablado. Ya está cerrado.

—Soy la capitana. —Brau siempre se encogía sobre la silla y se abrazaba la rodilla derecha cuando algo la carcomía por dentro. Miraba al vacío, masticaba despacio como un rumiante y hacía bai-lotear la pierna estirada. Cada vez que la veía así, dudosa como una niña pequeña, la palabra «capitana» perdía toda su autoridad—. Es mi deber protegeros.

—Y para protegernos necesitas estar en tus cabales —insistió Darsha—. ¿Qué haremos a la deriva con una capitana convaleciente,

en cama y cubierta de sudores? ¿Quién cuidará de nosotras entonces?

—Os las apañaréis mejor sin mí que sin la mecánica alfa.

Darsha hizo el amago de responder, pero en su lugar le dio el mordisco pendiente a la barrita energética y procuró concentrarse en el dulzor pegajoso para no perder los nervios. No iba a entrar otra vez en el mismo bucle. Cas no solo era experto en datos y navegación; también era técnico de aeronaves. Brau sabía de sobra que entre él y Eris podrían cubrir sin ningún problema sus labores de mecánica alfa si a ella le pasaba algo. Tragó con dificultad la bola seca. No, ahora no quería pensar en eso.

—Además, ¿qué pasa con Veda?

Miró de nuevo a la capitana, que le devolvía una mirada inquisitiva. Se había recogido las trenzas en ese moño estirado que le mantenía las cejas siempre un poco arqueadas. Aquel argumento era nuevo.

—Eso digo yo, ¿qué pasa con Veda? —contraatacó Darsha.

—¿Has hablado con ella?

—Pues claro. Ya está todo hablado con todo el mundo. Esta semana nos pondremos en marcha y tú seguirás adelante con el Plan, como está decidido.

—Eres lo único que tiene, ¿no lo has pensado?

Por ahí no, Brau. Darsha se levantó del taburete y se sacudió las migas del pantalón.

—Veda se tiene a sí misma —dijo, tratando de sonar serena. Siempre procuraba no mostrarse demasiado protectora con su hermana delante de la tripulación—. Y os tiene a vosotras. Ni que fuerais a tirarla al espacio abierto en cuanto yo coja un poco de fiebre, ¿no?

—Ya sabes a qué me refiero, imbécil. Se sentiría muy perdida si te pasase algo.

—Y se volvería a encontrar. Es una superviviente, como todas las que estamos aquí.

Brau se levantó también. La niña pequeña y dubitativa se convirtió en la figura alta, nervuda y de porte imponente que solía ser.

—Se me acaban las ideas para convencerte —dijo con una voz más ronca de lo normal.

—¡Pues por algo será! Deja de darle vueltas.

La capitana parecía dispuesta a rendirse, pero aún se pellizcaba el labio inferior entre los dedos.

—Brau, no podemos echarnos atrás después de todo lo que hemos hecho. Por la nave robada y el secuestro ya estamos más que condenadas, pero nos van a freír hasta la médula si nos pillan con el espécimen.

—No, nada de echarse atrás. El Plan seguirá adelante hasta el final, por mis muertos.

—Y sin ti y el equipo de pilotaje, no pasarían ni dos días hasta que nos localizase una brigada y nos lo jodiera todo. Yo me he ofrecido voluntaria y la tripulación ha aceptado. No es tu responsabilidad asumir ese riesgo. Tienes que delegar...

—Delegar, ya. Pero las dos sabemos que no será solo una fiebre, Darsha.

No quería pensar en eso, ahora no.

—¡Calla! No lo sabemos. Ahora mismo todo son conjeturas y probabilidades.

—Hemos leído el mismo informe, ¿o no? No me dirás que no era para echarse a temblar. Más de dos páginas de posibles reacciones adversas.

El recuerdo de aquel documento electrónico firmado por Antía y Libel apareció nítido ante sus ojos. No, no, no. Se apresuró a lanzarlo lejos, a algún rincón sucio y oscuro de su mente, igual que había eliminado el documento original.

—Conjeturas y probabilidades. No podemos dejar que eso nos asuste. Lo entiendes, ¿verdad?

Brau volvió a quedarse mirándola. Al menos, se había soltado el labio. Darsha sabía que la capitana estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no responder. Todo era culpa de aquel rincón; a Libel se le había ocurrido colocar un par de taburetes de laboratorio y una mesa destartalada en un recodo de la galería y había

tenido la osadía de llamar a aquello «el rincón del café». Parecía que Brau había convertido el sitio en su confesionario, en el lugar donde quitarse la coraza y permitirse dudar de todo. Pero ahora no estaban en situación de dudar. Debían ser fuertes y resistir.

Aunque odiaba verla así.

—¿Estás bien? —Fue a poner una mano en su hombro, pero Brau echó a andar, ignorándola.

—Tengo que volver al despacho. Hasta luego.

La siguió con los ojos mientras se alejaba, sin poder dejar de observar el bailoteo de su moño al son de los pasos vigorosos. La coraza de capitana volvía a estar en su sitio.

También odiaba quedarse sola en el rincón del café. Tal vez fuera un buen momento para ir a ver a la doctora Eiras a solas de una vez.

Salió de la galería en sentido opuesto a Brau para adentrarse en el área principal de la nave. Pasó por delante de una de las ventanas panorámicas y echó un vago vistazo a la negrura infinita, salpicada por las tenues luces y las nebulosas que se extendían al otro lado del cristal. No se detuvo. Quedarse allí le daba vértigo. Era irónico; había salido cientos de veces al espacio abierto. No era nada raro tener que hacerlo durante los viajes para arreglar componentes en la cubierta de las aeronaves. Resultaba duro e intimidante, pero en eso consistía la vida de los mecánicos. A Darsha no le importaba hacerlo, y la sensación de flotar en el infinito no distaba tanto para ella de flotar en el mar inmenso, en la Tierra. Pero aquello era distinto. Mirar el vacío desde la aeronave a través de un hueco tan pequeño le arrancaba un miedo primitivo y ridículo.

Encontró a la doctora encerrada en su cuarto, como había imaginado. Tras golpear la puerta con insistencia, la mujer la abrió con un gesto brusco y cara de haber dormido muy poco.

—¿Qué quieres? —dijo. Al ver a Darsha, su expresión se relajó un poco—. Ah, eres tú.

El pelo entrecano se le abombaba encima de los hombros, aprisionado tras las orejas de soplillo decoradas con dos perlas pequeñas.

—¿A quién esperabas? —le preguntó, por curiosidad.

—No sé. A Libel o a la capitana. Tú todavía no habías venido a hablar conmigo, ¿no? Y eso que eres la más interesada ahora mismo. ¿Leíste el documento?

Darsha no supo qué responder. Lo había leído, lo había eliminado, no quería hablar de eso y, sin embargo, allí estaba y no sabía decirle exactamente para qué.

—Anda, pasa —dijo—. Me alegro de verte sin una pistola en la mano.

La habitación de Antía estaba hecha una leonera. La cama revuelta, la pantalla del ordenador torcida, la taza de café derramada sobre la alfombrilla del ratón. Olía a tabaco y a cerrado. Le entraron ganas de abrir el armario y comprobar si el interior estaba vacío, pues había tanta ropa arrugada sobre el colchón que tal vez ya no quedase ni una prenda dentro.

Darsha se sentó en una esquina libre de la cama y se hundió en la maraña de sábanas. Antía se acomodó en su silla rígida.

—Sabes que puedes salir del cuarto con libertad, ¿verdad? —le preguntó Darsha.

—¿Ah, sí? No estoy familiarizada con las libertades de las víctimas de secuestro interplanetario —replicó ella con sarcasmo—. Tendréis que hacerme una infografía. ¿Puedo fumar en mi cuarto, por ejemplo?

Vaciló.

—Me parece que no está permitido fumar.

—Mira, me conozco este tipo de nave. Se usa para llevar a bordo organismos peligrosos, tiene un sistema de filtrado del aire a prueba de vapores tóxicos y aerosoles infecciosos. ¿No va a poder con un poquito de humo?

—Supongo que sí —murmuró—. Entonces, adelante.

—En realidad, lo preguntaba para ver qué decías. Acabo de fumar uno. ¿Quieres tú?

—No, gracias.

La doctora, con un gesto despreocupado, cerró con rapidez una ventana del ordenador y dejó a la vista el fondo de pantalla azul

liso. Luego la miró, expectante. Tenía los ojos claros y perspicaces, siempre entrecerrados, enmarcados por numerosas patas de gallo. Las comisuras de la boca se le levantaban un poco incluso cuando estaba seria, como si se burlase de todo el mundo en todo momento. No parecía una persona a la que le gustase andarse por las ramas.

—He venido a hablar contigo del Plan Nexo —dijo Darsha al fin.

—¿Sobre qué, en concreto?

—Sobre todo. Quiero saber qué te parece. Quiero tu opinión.

Antía soltó una risa fugaz que pareció más un bufido.

—¿Mi opinión? ¿Seguro que quieres saberla?

—Para eso he venido.

—Opino que no tiene ni pies ni cabeza.

Aquello era lo último que necesitaba oír, pero ya sabía a lo que se exponía al acudir allí.

—Es arriesgado —le concedió—. Pero no nos quedan muchas esperanzas a las que agarrarnos. Esta es una de ellas.

—No digo que no. Pero tú me has preguntado qué me parece el plan, este Plan en específico, y yo te respondo que es una locura —insistió Antía con aplomo—. Lo primero de todo, nos basamos en una técnica experimental de la que no tenemos garantías.

—Pero tú la has puesto en práctica en humanas.

—En una humana. Una sola vez —matizó ella con amargura—. La ley terrestre ya se encargó de recordármelo con mucha amabilidad, gracias.

—Da igual. Eso no quita que seas la única persona que ha logrado una intermnemosis con éxito.

—Vamos a ver. Dejemos a un lado por un momento que sea ilegal. No solo estamos hablando de un proceso ya de por sí inestable y complejo, que he conseguido una única vez y cuya reproducibilidad no puedo garantizar. —Se inclinó y apoyó los codos en las rodillas de los vaqueros—. Es que solo he estudiado la intermnemosis entre humanas o entre animales con sistemas nerviosos simples. Estamos hablando de transmitir recuerdos entre dos especies

diferentes. ¡Y una de ellas es una sideral! ¡Apenas conocemos nada de su anatomía, ni mucho menos de cómo funciona su encéfalo!

—Pero Libel...

—Libel es un as entre las cirujanas de Exploración Espacial, sí, pero el primer espécimen de sideral se consiguió hace apenas unos meses. No es por Libel, es que nadie sabe aún nada sobre ellas. Nada.

Aquello sonaba razonable, tanto que era descorazonador.

—Da igual. Tenemos que intentarlo —arremetió.

—Y, más allá de las dificultades técnicas, están los fallos de planteamiento —continuó Antía, ajena a su angustia.

—Ya.

—Es decir, ¿tenemos pruebas de que las siderales hayan migrado a otro planeta? Todas las noticias hablaban de una extinción repentina.

—Nuestros contactos de Exploración Espacial dicen que no se ha descartado la posibilidad. No se han detectado señales de migración masiva, pero tampoco de extinción absoluta. Ambas opciones son posibles, de momento.

—Pero ¿cómo? —Antía, cada vez más inclinada hacia delante, la observaba con un interés que parecía genuino—. Hasta donde yo sé, la tecnología de las siderales era muy residual. No habían salido nunca al espacio, ¿cierto? ¿Cómo podrían haber abandonado el planeta?

—Eso es lo que queremos averiguar. Qué les pasó. Cómo se salvaron, en caso de hacerlo, y a dónde fueron.

—¿Tú de verdad crees que se han salvado? ¿Que han dejado su planeta moribundo y se han marchado a un lugar mejor?

No parecía una pregunta retórica.

—Si no, no estaría haciendo esto —aseguró—. No es que lo crea. Es que, mientras haya una posibilidad remota de que sea así, me voy a aferrar a ella y no la pienso soltar.

Antía asintió, serena.

—Vaya con las de VidP —murmuró—. Y parecíais un grupo triston de cuatro activistas. No sabía que vuestras raíces llegaran hasta Exploración Espacial.

—Si yo te contara hasta dónde más llegamos...

—Entonces, ¿tenéis acceso a información confidencial del Gobierno sobre las siderales?

—Bastante.

—¿Es cierto que nuestro espécimen fue capturado en Ypsilon después de la gran desaparición?

No sabía si las demás estarían de acuerdo con que compartiera aquellos detalles con Antía, pero Darsha sentía que, después de retenerla en contra de su voluntad, le debía al menos eso.

—Es de las pocas que quedaron en el planeta, sí.

—¿Y no habéis pensado que, si no ha migrado junto al resto, puede ser que no conozca ninguna información que os sea de utilidad? ¿Que se haya quedado atrás precisamente porque ignore el paradero del resto de su especie, o el hipotético plan global de migración, o lo que sea que las haya llevado a huir de allí?

—¡Pues claro que lo hemos pensado! Es uno más de todos los riesgos que corremos.

—¿Y aun así quieres que te inyecte sus recuerdos?

Aquellas palabras bruscas le produjeron un escalofrío. «Intermnemosis» parecía algo lejano, neblinoso; «inyectar recuerdos» era mucho más gráfico.

—Antía, ¿qué pasó cuando hiciste la intermnemosis? —inquirió—. ¿Qué le pasó a la persona?

Antía frunció el ceño ante el cambio de tema.

—¿Al sujeto receptor? ¿En cuanto a síntomas, quieres decir?

—Sí. ¿Qué viste?

Si aquel recuerdo despertó algún sentimiento en ella, no lo dejó entrever en su cara de póker.

—Tuvo tres días de fiebre intensa —explicó—. Luego se recuperó.

—¿Y además de eso? ¿Pérdidas de memoria? ¿Cambios en el comportamiento?

Antía volvió a reclinarsse hacia atrás, serena.

—Hasta donde yo sé, no. Pero podría pasar, ya lo leíste.

Darsha asintió; sabía que aquello no garantizaba nada, pero se sentía más tranquila.

—Perdona. Ya no te entretengo más. —Se puso en pie y Antía la imitó.

—Si tienes cualquier duda sobre la operación, ya sabes —dijo la doctora, abriéndole la puerta—. Recurre a Libel, porque yo también las tengo. Montones de ellas.

—Me ha quedado claro. Nos vemos, Antía.

—Adeus.

Darsha se dirigió al eje central para ir al despacho de Brau. De camino, decidió dar un pequeño rodeo hacia el área de biocontención y pasó por delante del corredor donde estaba la cámara del espécimen. Desde la boca del corto túnel, observó con el corazón encogido la compuerta cerrada. Cuadrada, hermética, clavada en la pared desde el suelo hasta el techo, donde las hebras de luces amarillentas se interrumpían en los fluorescentes fundidos que aún no habían tenido tiempo de reemplazar.

Solo había visto una vez a la criatura; la imagen la había impactado tanto que no necesitaba verla más veces para recordarla el resto de su vida. Pronto la conocería a fondo, muy a fondo. Lo que había vivido, lo que había sentido. Tal vez consiguiera ver el universo desde sus ojos. Sin embargo, no se atrevía a mirarla de nuevo con los suyos propios, los ojos humanos de Darsha.

Pero ahora no quería pensar en eso.

Le pareció ver una sombra pasar por el fondo, por el pasillo que quedaba perpendicular al túnel de la cámara, al otro lado. Darsha se alejó en silencio, prefiriendo no molestar. No le hacía falta preguntar para saber quién era.

Veda, la encargada de llevar comida y agua a la cámara, no parecía tenerle tanto miedo a la criatura.